



DÉCIMO SEXTO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Día 14 de junio: el amor del Corazón de Jesús es un amor crucificado (II)

Comenzamos hoy nuestra meditación con estas palabras de San Agustín dirigidas a Cristo crucificado:

“Imprime, Señor, tus heridas en mi corazón, para que yo lea en mí mismo el sufrimiento y el amor: el sufrimiento, para que yo soporte por ti todo el sufrimiento; quiero, que pueda despreciar por Ti todo otro amor. Escribe, digo, mi amantísimo Salvador, escribe en mi corazón tus llagas, con el fin de que se me permita ver siempre en mi interior los sufrimientos y Tu amor. Sí, porque, teniendo ante mis ojos los grandes sufrimientos que Tú, mi Dios, has soportado aceptando conforme, pueda soportar en silencio todos los sufrimientos que pudiese uno en suerte



soportar; y al ver el amor que exhibiste para mí en la cruz, nunca pueda amar o ser capaz de amar cualquier otro que Tú”. (San Agustín)

El amor contemplado empuja a amar de una manera semejante. Por eso, el que contempla el amor del Corazón de Jesús que se manifiesta en su pasión, no solo quiere hacer cosas por él, sino imitarlo también en sus padecimientos.

“Dadme un alma que ame, y sentirá lo mismo que digo yo”, decía San Agustín. Es solo la lógica que se aprende contemplando el amor divino hasta el extremo la que nos enseña este camino. No es otro camino que el del evangelio: *el que quiera seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16, 24).

Hasta que por el amor no nos incorporamos a la pasión del Señor, y -como los santos- deseamos sufrir por él, no está completa en nosotros la cristificación. Los evangelistas, cada uno a su manera, nos muestran la vida de Cristo como un gran camino hacia la cruz. Su tarea de redentor no está completa hasta que no se consuma su entrega en la cruz. Así



también nosotros, somos verdaderos discípulos suyos cuando aprendemos a ofrecernos con él en la cruz por amor. Valemos mucho más por lo que sufrimos que por lo que hacemos.

¿Cómo se aprende a completar en uno mismo lo que falta a la pasión de Cristo? (cf. Col 1,24)
Mirando con amor al Corazón de Jesús que da su vida en la cruz.

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,*



y, aunque no hubiera infierno, te temiera.

*No me tienes que dar porque te quiera;
pues, aunque cuanto espero no esperara;
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Amén.